

Bajo el dogma democrático

Daños Colaterales

¿Qué se esconde tras la constante aparición de términos como la Verdad, la Justicia, el Bien, el Eje del Mal o el imperio del Mal, en el discurso hegemónico? El uso de estos absolutos en *la guerra contra el terrorismo*, desvela una dimensión de lo político que se sitúa en el terreno de lo religioso.

Como todo sistema que se sabe absoluto, *lo democrático* se vuelve obscuro en nuestros días. La lógica de este régimen plantea una dualidad interrelacionada, por un lado se presenta como un sistema de libertades pero además, se autodefine como el gobierno soberano. Esta soberanía se sustenta en la protección constante del sistema democrático frente a *lo otro*, es decir, *lo no democrático*. Un supuesto régimen amenazante y por venir.

Por ello, la democracia depende siempre de *lo otro* para autojustificarse. El círculo se cierra cuando la construcción de ese *otro* se adivina como obra de nuestro propio sistema.

La respuesta norteamericana tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, es interpretada por Jacques Derrida como la transformación de lo democrático en *el estado canalla*¹. “Un estado que

no respeta sus deberes de estado ante la ley de la comunidad mundial ni las obligaciones del derecho internacional, el Estado que escarnece el derecho —y se mofa del Estado de derecho”. Esta soberanía absoluta de la democracia, transfigura la representación de lo democrático en dogma de fe incuestionable. La coartada del sistema consiste en reafirmarse como una pospolítica, es decir, un sistema que deja atrás la ideología en favor de la biopolítica² o lo que es lo mismo, la administración de la vida de los individuos que componen el cuerpo social.

Dentro de este marco, las esferas que constituyen nuestro modo de vida han perdido su componente ideológico y se han normalizado. Todo parece neutro, natural, de sentido común o irremediable. La ideología sólo se percibe, por tanto, en aquello que resulta ajeno al sistema, *Lo otro*. Esta normalización y aceptación popular, supone el reconocimiento de lo democrático como la ideología en su grado más puro. Como la *religión absoluta*.

La biopolítica como arma principal de esta nueva religión, se hace presente en la corrección

política y en el uso del miedo como elemento de movilización del cuerpo social. Esta *doctrina shock*³ trata de convertir al individuo en permanente víctima, el mártir perseguido por su fe en el sistema.

La ciencia es la otra coordenada que traza esta sustitución de lo religioso por lo democrático. Žižek⁴ describe a esta institución como aquella que se ocupa de la esperanza y la censura, la herramienta que puede silenciar a los herejes, exigir autoridad, destruir o marginar a los pensadores y acabar con las incertidumbres.

En suma, la institución ideológica que se apoya en la fuerza social para configurar el discurso hegemónico, el sistema del dogma democrático.

Los medios de masas pasan a ocupar el papel de profetas en la iglesia democrática, cuya es la labor de dar forma al *otro*. Si el discurso de occidente asume la voz de un dios justo, su *otro* ha de ser por tanto demonizado, siendo propiedad de lo democrático el monopolio

del sufrimiento. Esta estrategia establece incluso el valor mediático de las víctimas, no es comparable la expectación informativa ante la muerte de un niño en occidente que la muerte de miles en Darfur.

También Slavoj Žižek⁵ plantea la distinción entre tres categorías de violencia. La violencia subjetiva es aquella que obtiene mayor visibilidad en los medios, dada su capacidad para señalar al *sujeto otro*, aquel que no se atiene al *dogma democrático*. La violencia simbólica (contenida en el lenguaje y sus formas) y la violencia sistémica (fruto del funcionamiento económico y político), alcanzan siempre menor visibilidad a pesar de ser las causas primeras de la violencia subjetiva.

Esta coartada de lo democrático, que a través de la violencia subjetiva distrae la atención de otras formas de violencia, se suma al posicionamiento victimista del propio estado.

Una paradoja que deja al descubierto la perversión de un credo que genera *otros*, bajo explicaciones esencialistas, culturales o religiosas, pero nunca políticas o económicas. Por otra parte cabría preguntarse si esta dicotomía entre el sistema y el otro se da realmente, fuera de la representación mediática, si ese otro es verdaderamente tan fundamentalista, si posee legítima convicción o si efectivamente está fuera del sistema.

1 DERRIDA, Jacques. *Canallas, dos ensayos sobre la razón*. Ed. Trota, Madrid, 2005. p. 12.

2 Entendida esta como la define Slavoj Žižek

3 En referencia a los textos de Naomi Klein

4 ŽIŽEK, Slavoj. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Ed. Paidós, Barcelona, 2009. p. 101.

5 *Ibid.*, p 19 y ss.

Under the democratic dogma

Daños Colaterales

What hides behind the constant apparition of terms such as the truth, justice, good, the axis of evil or the empire of evil in the hegemonic discourse? The use of these absolutes in *the war on terror* reveals a political dimension that is situated in the territory of the religious.

As any system is aware that it is absolute, in our days, *the democratic* becomes obscene. The logic of this regime suggests an interrelated duality, on the one hand presented as a system of liberties but, in addition, self-defined as a sovereign government. This sovereignty is sustained on the constant protection of the democratic system from *the other*, that is, *the not democratic*, a supposed threatening regime to come. Thus, democracy always depends on *the other* for self-justification. The circle closes when the construction of this *other* can be guessed to be the work of the system itself.

The American response following the attacks of September 11 of 2001 is interpreted by Jacques Derrida as the transformation of the democratic into *the rogue state*¹. *A state that respects neither its obligations as a state before the law of the world community*

nor the requirements of international law, a state that flouts the law —and scoffs at the State of law. This absolute sovereignty of democracy transfigures the representation of the democratic into the dogma of unquestionable faith. The self-justification of the system consists of re-asserting itself as post-political, that is to say, as a system that leaves ideology behind in favour of biopolitics² or, what amounts to the same, the administration of the life of the individuals who make up the social body.

In this framework, the spheres that constitute our way of life have lost their ideological component and have become normalized. Everything seems neutral, natural, of common sense or irremediable. Ideology is thus perceived only in that which seems alien to the system, *the other*. This normalization and popular acceptance implies the recognition of democracy as ideology in its purest degree. *As absolute religion.*

Biopolitics as the main weapon of this new religion manifests itself in the politically correct and in the use of fear as an element of mobilization of the social body. This *shock*

*doctrine*³ attempts to turn the individual into a permanent victim, the martyr pursued by his faith in the system.

Science is the other coordinate draws this substitution of the religious by the democratic. Žižek⁴ describes this institution as one that deals with hope and censorship, the tool that can silence the heretics, demand authority, destroy or marginalize the thinkers and put an end to the uncertainties.

In sum, the ideological institution that sustains itself on social power to configure the hegemonic discourse, the system of the democratic dogma.

Mass media take on the role of the prophets in the democratic church; theirs is the work of giving form to *the other*. If the western discourse assumes the voice of a just god, its *other* must therefore be demonized, the monopoly of suffering being the property of the democratic. This strategy establishes even the media value of the victims; the informational expectation before the death of a child in an accident is not comparable to the death of thousands in Darfur.

Slavoj Žižek⁵ also established the distinction between three categories of violence. Subjective violence is that which obtains the greatest visibility in the media, given its capacity to point to the *other subject*, that who not follow the *democratic dogma*. Symbolic violence (contained in language and its forms) and systemic violence (fruit of the economic and political functioning) always attain a lesser visibility despite being the primary causes of subjective violence.

This justification of the democratic, which distracts the attention from other forms of violence through subjective violence, is added to the victim-like positioning of the state itself.

A paradox that reveals the perversion of a credo that generates *others*, with essentialist, cultural or religious, but never political or economic explanations. On the other hand, it should be asked whether this dichotomy between the system and the other really exists, outside the representation by the media; whether this other is really so fundamentalist, whether it possesses legitimate conviction or is really outside the system.

¹ DERRIDA, Jacques. *Canallas, dos ensayos sobre la razón*. Ed. Trota, Madrid, 2005. p. 12. [the translation has relied on the English edition: *Rogues: two essays on reason*. Stanford: Stanford University Press, 2005.]

² Understood as defined by Slavoj Žižek

³ In reference to the texts of Naomi Klein

⁴ ŽIŽEK, Slavoj. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Ed. Paidós, Barcelona, 2009. p. 101.

⁵ *Ibid.*, p. 19 ff.